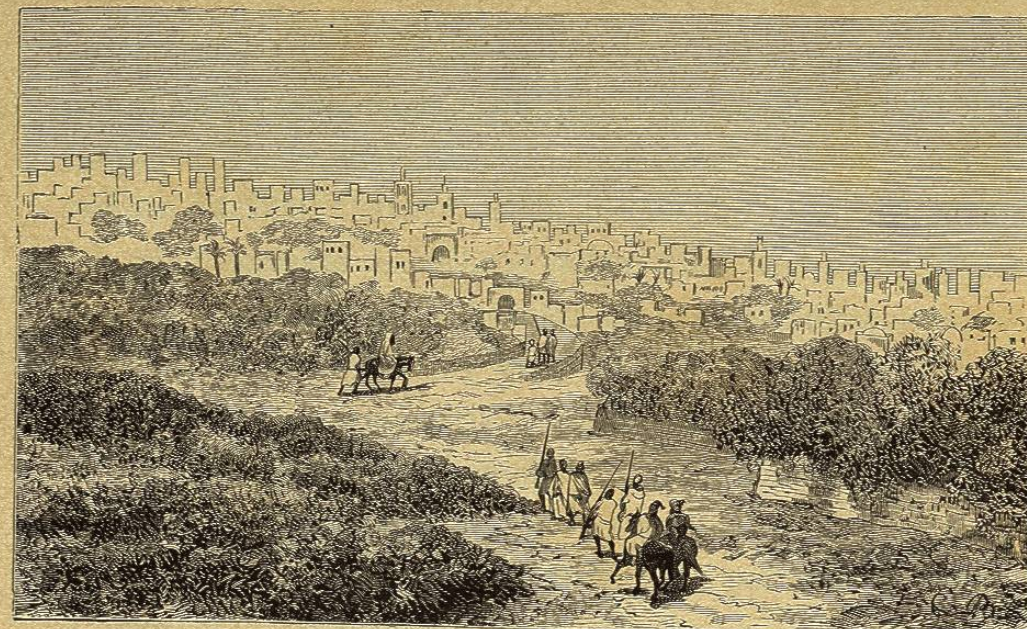


á las grandes llanuras, á la luz esplendente, á la alegre y hermosa vida del campamento! ¡Adiós, Fez! ¡Adiós, desaliento! Mi pequeño mundo africano vuelve á teñirse de color de rosa.



Mequinez

MEQUINEZ

DESPUÉS de veinticuatro días de vivir en la ciudad, la caravana me produjo la impresión de un espectáculo desconocido. Y sin embargo, nada había cambiado, si se prescinde de que entre nosotros, y al lado de Mohamed-Ducali, cabalgaba el moro Scellal, que no obstante haber tenido amistoso arreglo sus asuntos, juzgó por más prudente y acertado volver á Tánger bajo el amparo del embajador, que permanecer en Fez bajo el de su gobierno. Amén de esto, un observador entendido habría podido leer en nuestros rostros, si pesimista, algo semejante al despecho, si optimista, una como satisfacción, proveniente de la con-

vicción profunda en que todos estábamos, de no haber dejado en la ilustre capital del imperio ninguna belleza melancólica, ningún marido burlado, ninguna familia trastornada, ni siquiera profanado la orla de un jaique femenil. Además de esto, en la mente de todos bullía la idea del regreso, de lo cual daban elocuente indicio las sombrillas, los velos, los pañuelos que á modo de cogotera los unos y de visera los otros, habíamos dispuesto y utilizado para guarecernos de los ardientes rayos del sol y ponernos á cubierto del polvo sofocante y abrasador. ¡Esto sí que, por desgracia, hallábase completamente cambiado! El sol de Mayo habíase trocado en sol de Junio; el termómetro señalaba cuarenta grados en el instante de partir, y delante de nosotros se extendían doscientas millas de suelo africano. Esta consideración aguaba en parte la satisfacción, por demás placentera de salir de Fez sin que pesara en nuestra conciencia un solo remordimiento.

Para regresar á Tánger debíamos dirigirnos á Mequinez; de aquí á Larache; de Larache, á lo largo de la costa del Océano, debíamos trasladarnos á Arcilla; y de Arcilla á Aindalia, que constituyó nuestra primera etapa á la venida.

Para llegar á Mequinez, que dista de Fez unos cincuenta kilómetros, empleamos tres jornadas.

El país no nos ofreció durante ellas diferencia digna de ser mentada, respecto del que habíamos atravesado al dirigirnos á la capital: como entonces dilatadísimos campos sembrados de trigo y de cebada, en muchos de los cuales había principiado ya la siega; aquellos negros aduare, aquellas inmensas ondulaciones del terreno, colinas pedregosas, barrancos exhaustos de agua, palmeras solitarias, *casbas* blancas,

una soledad y una quietud solemnes, y una tristeza infinita. Sin embargo, gracias á la proximidad entre las dos grandes ciudades, encontramos más gente de la que halláramos en el camino de Tánger á Fez; caravanas de camellos, numerosos rebaños, negociantes que conducían recuas de hermosísimos caballos al mercado de la capital; santones que predicaban en desierto; correos á pie y á caballo; cuadrillas de árabes, que armados de hoces, se dirigían á la siega, y varias familias moras muy ricas, que con todos sus muebles y todos sus criados se encaminaban á Fez. Una de éstas, cuyo jefe era un rico negociante de Mequinez que reconoció el Ducali, formaba una larga caravana. Marchaban delante de ella dos criados armados de largas espingardas, y detrás de éstos el jefe de la familia, de arrogante figura y severa fisonomía, barba negra y turbante blanco, montado en una mula elegantemente aparejada, que con una mano al par regía la cabalgadura y sostenía sobre el arzón delantero una criaturilla de dos á tres años, y con la otra, estrechaba las de su mujer completamente velada,—acaso su esposa favorita—que sentada á horcajadas en la grupa y estrechamente unida á él (tal vez por miedo á nosotros) le abrazaba de tal manera, que no parecía sino que quería sofocarlo. Seguían detrás otras mujeres, á caballo en otras mulas, y todas con el rostro cubierto; parientes armados, muchachos, esclavos negros con chiquillos en brazos, criados árabes á pie con sendas espingardas en bandolera; y mulos y asnos cargados de colchones, almohadas, colchas, platos y diferentes bultos; y por último, otros siervos á pie que llevaban jaulas, en cuyo interior se veían canarios, cotorras y papagayos. Las mujeres, al pasar á nuestro lado, envolviéronse más aún en sus albornoces; el negociante ni siquiera nos miró; los parientes nos dirigieron

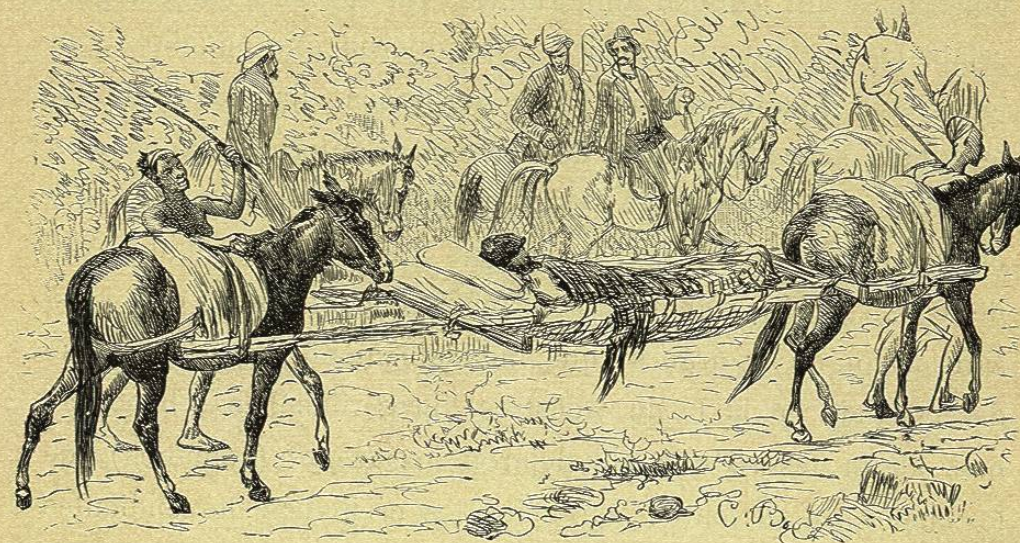
una mirada en que se veía retratado un sentimiento de desconfianza, y dos de los pequeñuelos se echaron á llorar. De semejante espectáculo nos distrajo, sin embargo, un acontecimiento sobrado triste, que se realizó el tercer día. El pobre



El negociante de Mequinez

doctor Miguérez, acometido durante la segunda etapa por atroces dolores ciáticos, tuvo que ser conducido á Mequinez en una litera construída como mejor se pudo, con una hamaca y dos barras de las que servían para armar las tiendas, suspendida sobre el lomo de dos mulas, lo cual nos sumió en la más profunda tristeza. La caravana se dividió en dos gru-

pos. Es imposible formarse idea de lo que nos afligía el contemplar, como contemplábamos frecuentemente, apareciendo detrás de nosotros, en la cumbre de una loma, y descender luego lentamente, aquella camilla rodeada de soldados á caballo, muleteros, criados, amigos, todos graves y silenciosos, como un cortejo fúnebre; y de cuando en cuando detenerse é inclinarse todos sobre el enfermo, y luego continuar el camino, indicándonos de lejos que nuestro pobre amigo empeoraba!



El doctor Miguérez enfermo

Era aquel un espectáculo doloroso y al par bello y pintoresco, el cual daba al conjunto de la caravana el aspecto de la afligida escolta de un Sultán mal herido.

El primer día acampamos aún dentro de los límites de la llanura de Fez: el segundo sobre la orilla derecha del río Mduma, á cinco horas de distancia de Mequinez, en cuyo punto acaeció un suceso por demás agradable. Á la caída de la tarde caminábamos todos junto á la orilla del río, como á media milla del campamento, cercano á un gran *aduar*, cuya población salíonos al encuentro en masa. En dicho sitio